

VENEZUELA, 1980-2022: LA HISTORIA DE UN COLAPSO QUE PUDO SER EVITADO

DR. JOSE MANUEL PUENTE*

DISCURSO DE INCORPORACIÓN A LA ACADEMÍA NACIONAL DE CIENCIAS ECONÓMICAS

CARACAS, 6 de Junio, 2024

*Profesor Titular del Instituto de Estudios Superiores de Administración, IESA, y Profesor Asociado del IE University, Madrid.

Sr. presidente de la Academia Nacional de Ciencias Económicas y demás miembros de su Comité Directivo

Sres. presidentes y demás autoridades de las otras Academias Nacionales que nos acompañan

Sres. miembros del Cuerpo Diplomático (si los hay)

Sres. decanos y demás autoridades de las distintas universidades venezolanas que nos honran con su presencia.

Sres. diputados de la Asamblea Nacional

Señores Individuos de Número de las distintas Academias Nacionales aquí presentes

Señores Individuos de Número de la ANCE

Señores presidentes y demás miembros de los Gremios y Cámaras empresariales

Muy estimados familiares del Dr. José Joaquín González Gorrondona y del Dr. Jesús María Rísquez, Individuos de Número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas que previamente ocuparon el sillón No. 22

Estimados colegas economistas, profesores.

Queridos familiares, amigos y estudiantes que nos honran con su presencia

Señoras y Señores,

Comienzo por agradecer a la Junta de Individuos de Número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas por el honor que me ha concedido al considerar y admitir mi incorporación a esta prestigiosa e importante institución.

Agradezco y celebro la presencia de los Profesores Catalina Banko, Urby Garay, Luis Mata Mollejas, Leonardo Vera, quienes han sido, a lo largo de mi carrera académica, una referencia intelectual y profesional y con quienes he compartido lazos amistad.

Al Profesor Pedro Palma, mi amigo, colega y mentor en el IESA por haber tenido la generosidad de revisar el trabajo que envié a esta Corporación, y por ofrecer el discurso de contestación que seguirá a mis palabras.

En honor a Jesús María Rísquez

Asumo ahora con enorme satisfacción la responsabilidad de ponderar los méritos académicos y ciudadanos de Jesús María Rísquez, mi antecesor en este sillón como miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

Quien ocupó el sillón No 22 de la Junta de Individuos de Número era un profesional y docente con sobrados méritos en el campo de la investigación.

Graduado de la Universidad Central de Venezuela en el año 1946, obtuvo un doctorado en economía y otro en ciencias políticas. Durante los dos años siguientes, se especializaría en economía agrícola en los Estados Unidos, en las Universidades de Wisconsin y California

Una vez de regreso en el país, fue nombrado jefe de la División de Investigaciones Económicas en el Ministerio de Agricultura y Cría. Fue profesor de Mercados en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central de Venezuela. En 1949, es nombrado director de Economía Agrícola del Ministerio de Agricultura y Cría.

En 1951, ocupó el cargo de director del Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV. En 1952, asume el cargo de director de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, y en 1953 es nombrado Decano-

director. Fue secretario interino y Vice-rector del Consejo encargado de la Reforma de la Universidad Central de Venezuela.

Su labor profesional siempre estuvo orientada a los estudios de Mercadotecnia, convirtiéndose en una referencia en su tiempo, y en este campo ha ejercido cargos altamente especializados, particularmente en la empresa privada.

Una rápida mención de la obra publicada da cuenta de su vocación y solvencia en esta rama del conocimiento económico: Lecciones Preliminares de Mercado; el Mercado Cooperativo de Productos Agrícolas; la Función Económica de la Gerencia en el Mercado; Relación entre el Productor y el Intermediario; El Costo del Mercado; La Distribución al por Menor; La Tienda en Cadena; Introducción a la Sociología Venezolana.

Jesús María Risquez fallece en Caracas, su ciudad natal, el 23 de julio de 2013

Cómo llegó la ruina...

En el lapso comprendido entre 2014 y 2020, la economía venezolana evidenció el peor desempeño macroeconómico de toda su historia; la contracción económica más brutal de toda América Latina, y el derrumbe productivo más grave del mundo en los últimos cuarenta y dos años.

La frase es dura, difícil de asimilar, y hasta difícil de creer, pero está fundamentada. De eso he venido a conversarles hoy. Como venezolanos, estamos obligados a comprender y desentrañar las causas de esta terrible circunstancia, que se extendió innecesariamente en el tiempo, y que pudo haber sido evitada.

El fundamento técnico de la investigación que les voy a glosar utilizó una base de datos del Fondo Monetario Internacional para 196 países del mundo en el período 1980-2022, utilizando el programa econométrico STATA. Dimos instrucciones al programa para que identificara, y cuantificara, a las economías del mundo que tuvieran los ciclos recesivos más graves en un lapso de siete años.

El ciclo recesivo, de hecho ha concluido. Pero ahora nos toca encararnos con los resultados. Cerca de 8 millones de compatriotas han abandonado el país, algunos de ellos caminando, hasta las zonas más remotas del continente. El valor del trabajo ha quedado disuelto. El aparato productivo se ha reducido dramáticamente. El estado no tiene recursos para ofrecer garantías sociales mínimas. Luego de millones

de dólares invertidos en obras de gobierno y publicidad, en formulas productivas colectivas alternativas, el resultado es quiebra, desolación y desinversión. El ciudadano quedó desamparado.

En contrapartida, a partir de 2021, y particularmente en 2022, la nación experimentó una modesta recuperación de la gestión económica, concretada luego de perder el 77,3 por ciento del total de su Producto Interno Bruto de acuerdo con hallazgos encontrados para este trabajo de incorporación.

La contracción venezolana que estamos describiendo es, también, la segunda más profunda en un país que no esté inmerso en una guerra. Venezuela tiene dieciséis años formando parte del ranking de naciones con la inflación más alta del mundo, alcanzando un insólito pico de 130 mil por ciento en 2018.

Luego de surcar un siglo XX con dígitos inflacionarios en general satisfactorios, o al menos manejables, nuestro país ha sido el único que ha vivido una crisis hiperinflacionaria en los últimos 30 años en América Latina, y el segundo en todo el mundo en lo que va de siglo XXI, después de Zimbabue.

El costado social del colapso económico es aún más devastador. La pobreza total de Venezuela aumentó, de 43,5 por ciento en 1998, a 81,5 por ciento en 2022. Tres cuartas partes de la población ha perdido peso, en promedio 11,4 kilos por persona, debido a la caída del ingreso real y la fuerte escasez de bienes básicos, entre ellos alimentos y medicinas.

¿Cómo fue posible que se concretara un colapso económico, social, humanitario y migratorio de estas características en el país con las reservas petroleras más grandes del mundo, y después de haber recibido el ingreso en dólares más extraordinario en magnitud y duración de su historia? ¿Qué significado tiene este desastroso desempeño económico y social en términos históricos y comparativos?

Son las preguntas que, como ciudadanos conscientes, tenemos que formularnos.

Desde el año 1999 hasta el 2022, el estado venezolano recibió más de un billón de dólares por concepto de exportaciones petroleras. El precio de la cesta venezolana aumentó, desde 16,2 dólares por barril en 1999, a un máximo anual de 107,5 en 2011. El precio merey, marcador de referencia del petróleo venezolano, se cotizó en promedio en 58 dólares por barril entre 2013 y 2022.

Luego de 7 años consecutivos de recesión y dos años consecutivos de modesto crecimiento, el país tiene un PIB total similar al de un año como 1966, pero con los gravísimos problemas estructurales, sociales y macroeconómicos de 2024.

Por supuesto que no siempre fueron estos los números de la economía, ni este negro cuadro social el único componente de nuestra realidad.

Durante casi todo el siglo XX, especialmente entre 1950 y 1979, la economía venezolana creció a excelentes tasas interanuales y de manera ininterrumpida. Nuestro país fue una de las naciones más estables y de mejor desempeño económico del mundo entre 1950 y 1979 cuando creció a una tasa promedio del 5,8% combinada con una inflación promedio del 3,1%.

Sin embargo, durante el período 1980-1998, todavía en los confines del régimen democrático, el modelo económico del Pacto de Punto Fijo comenzó a agotarse, se expandieron los desórdenes sociales y la tasa de crecimiento de la nación comenzó a descender. En promedio, evidenció un crecimiento de 1,6%, entre grandes fluctuaciones del PIB e importantes trastornos cotidianos.

Durante el período histórico correspondiente a la Revolución Bolivariana, el PIB de Venezuela ha estado caracterizado por una altísima volatilidad: años de altísimo crecimiento, (18,3%), en 2004, y de espectacular decrecimiento (-17,04%) en 2016, lo cual evidencia, entre otras cosas, una muy inconsistente política económica.

En resumen, y hablando para ustedes en cristiano, en las últimas casi cinco décadas, la economía venezolana, simplemente, **“NO HA CRECIDO”**

El epicentro del derrumbe.

El agujero negro de la economía venezolana comenzó a expandirse y tomar dimensiones amenazantes entre el primer y el segundo trimestre de 2014.

Es una fecha que es importante retener en la memoria, puesto que fueron muchas las advertencias entonces hechas por los economistas y expertos al ejecutivo nacional en torno a las posibles consecuencias de determinadas decisiones, y muchos los argumentos que ahora se vierten en calidad de excusa.

El promedio de contracción de esos dos trimestres fue de -5,3 por ciento. Como entonces tanto se dijo, y ahora se olvida, la parálisis productiva, la escasez de divisas y el desorden de los precios encontraron su espacio en la sociedad nacional con el precio del petróleo promediando casi los 100 dólares el barril.

La crisis venezolana no estaba escrita como un destino ineludible; pudo haber sido conjurada a tiempo con la toma oportuna y profesional de decisiones de gobierno. Había otros caminos. El gobierno tenía otras opciones. Varias personalidades acercaron propuestas alternas al ejecutivo nacional.

Pasemos, entonces, a enumerar las causas del “colapso” venezolano.

Una política cambiaria expresada en un draconiano sistema de controles que se prolongó excesivamente en el tiempo, con tipos de cambio múltiples y una fuerte apreciación de la tasa oficial. El control cambiario, de 17 largos años de duración, generó un auge de importaciones y la destrucción del aparato transable de la economía. Los controles tocaron también, de forma muy tóxica por lo demás, las tasas de interés.

El esquema cambiario vigente, hay que decirlo, fue la plataforma de un descontrolado proceso de corrupción que tocó casi todas las esferas del aparato estatal nacional, a través de los negocios con el diferencial, y que produjo gravísimos daños a las arcas nacionales.

En segundo lugar, un ambiente de hiper-regulación de las relaciones económicas y laborales de la vida nacional que impactaron nocivamente la productividad en un marco de nerviosismo y desconfianza.

Un plan sistemático de expropiaciones y nacionalizaciones que terminó siendo el catalizador de un conflicto estructural, de carácter ideológico, contra los capitales nacionales e internacionales en el país.

Las empresas estatizadas, junto a otras fórmulas colectivistas de producción alternativas adelantadas por el oficialismo, tradicional fuente de corrupción, no pudieron asumir su responsabilidad productiva, y el vacío generado tuvo graves consecuencias. El rezago se tradujo en un debilitamiento de la oferta, más escasez y más inflación.

La ola de expropiaciones generó, a la larga, demandas para la república y en un estado general de desinversión y pobreza, en virtud del desastroso manejo de los activos nacionales estatizados.

En cuarto lugar, un crecimiento sustancial de los niveles de endeudamiento y un completo agotamiento de los recursos ahorrados en el Fondo de Estabilización Macroeconómica, así como una deuda pública contraída a precios muy bajos, y en altos volúmenes, gracias al colateral que generó los altos precios del petróleo durante el período 2004-2014.

El país quedó, paradójicamente, sin ninguna posibilidad de realizar una política fiscal contra-cíclica durante la caída de los precios del petróleo.

Durante el catastrófico período que analizamos y nos ha tocado vivir en carne propia, Venezuela exhibe un decrecimiento acumulado de -56,2 por ciento. En el

mismo período, el resto de los países de la región latinoamericana han crecido en promedio 128,4 por ciento y 99,7 por ciento, si no se considera a Guyana, nación que en este momento tiene altísimas tasas de crecimiento gracias a sus recién descubiertos yacimientos petroleros.

La situación es aún más dramática si la comparamos con las economías más dinámicas de Sudamérica en las últimas dos décadas, Perú y Bolivia, cuyas economías crecieron a tasas acumuladas de 162% y 126% respectivamente. La contracción venezolana de este tiempo, que de seguro marcará un hito en la literatura económica de la región, fue más profunda y deletérea que la que tuvo lugar en la Nicaragua de la revolución sandinista (1985-1990) y que la crisis argentina del “corralito” del año 2001.

La caída venezolana de 2014-2022 fue la más pronunciada de todos los países pertenecientes a la OPEP, incluyendo Libia, nación que cayó en un estado crónico de violencia interna, desgobierno y descontrol social luego de la caída de Muammar Gaddafi

La palabra hiperinflación

Los descontroles inflacionarios son eventos más bien poco comunes en el mundo moderno. Las políticas económicas correctas y la independencia de los bancos centrales en la mayoría de los gobiernos han permitido que la estabilidad de precios se haya convertido en la norma, y no la excepción, en Latinoamérica y en general en el Tercer Mundo.

La inflación venezolana de los últimos 16 años está entre las 10 más altas del mundo, ocasionando impactos muy negativos sobre los ingresos de los agentes económicos, caída de los patrones de consumo, empobrecimiento y pérdida de bienestar de la población.

Hasta la primera década del siglo actual, entre los economistas venezolanos existía una especie de consenso en torno a cuan improbable sería que una crisis hiperinflacionaria tomara cuerpo en nuestra economía, al ser esta una nación de altos ingresos petroleros. Venezuela pasó parte importante del siglo XX con índices inflacionarios de un solo dígito.

La ruptura del dique inflacionario también tiene sus causas. El mal manejo de la política cambiaria, fiscal y monetaria; la debilidad institucional del Banco Central de Venezuela; los controles de precios y la intervención de empresas; la ola de nacionalizaciones.

El proceso hiperinflacionario nacional tomo cuerpo definitivo en diciembre de 2017. La tasa de variación del IPC alcanzó un máximo de 130.060 por ciento en 2018, una cifra totalmente inconcebible en cualquier contexto económico relativamente digno, sin parangón en la vida venezolana y la más alta del mundo en ese momento.

Venezuela registró una tormenta de precios de 37 meses consecutivos de duración, que culminó en febrero de 2021. La crisis hiperinflacionaria de Venezuela, jamás asumida como tal como el ejecutivo, -cuyos funcionarios, por ejemplo, nunca se molestaron en pronunciar la palabra “hiperinflación”-, ha sido la tercera de mayor duración en el mundo, siendo Venezuela el único país en experimentar una crisis de hiperinflación por un período tan prolongado en el siglo XXI.

La hiperinflación quedo formalmente conjurada hacia 2022, luego de **arrasar con todo a su paso**, pero Venezuela siguió manteniendo, en cualquier caso, altísimas, inaceptables tasas en el crecimiento de los precios. En 2022, la inflación fue de 234 por ciento.

La economía nacional mantiene problemas estructurales gracias a los incrementos más que proporcionales en los niveles de liquidez por parte del BCV para financiar a PDVSA, y una política fiscal expansiva que impulsa la demanda de bienes. Mientras todo esto ocurría, el salario mínimo real en Venezuela cierre del año 2022 con el valor nominal más bajo de su historia, siendo también el menor de América Latina. Para diciembre del 2022, fue equivalente a 7 dólares por mes calculado al tipo de cambio oficial (¡hoy solo 3,5 dolares!)

La sobredosis petrolera

La economía venezolana ha sido siempre altamente dependiente del petróleo, pero durante la revolución bolivariana esa dependencia se ha exacerbado a niveles tóxicos. La adicción petrolera de la nación también trajo sus consecuencias.

Para el período 1999-2022, el petróleo representó en promedio 88% de las exportaciones de bienes y servicios del país. El petróleo genera los fondos que el país necesita para importar los bienes que consume, y que utiliza para comprar los insumos importados para producir nacionalmente.

La fuerte apreciación del tipo de cambio generó un boom de importaciones, pero al mismo tiempo se produjo una caída de las exportaciones no petroleras, profundizando la crisis en el aparato transable de la economía, y mostrando señales de lo que la literatura económica se conoce como la “Enfermedad Holandesa”.

De acuerdo con las últimas cifras oficiales, para el 2018 las exportaciones no petroleras fueron 3.867 millones de dólares, lo cual representa una caída de casi -50% respecto al nivel máximo alcanzado en 2006, y -30% a lo registrado en 1999.

Ha sido muy clara la contracción que se ha generado en el sector no petrolero de la economía en los últimos 20 años

La apreciación del tipo de cambio oficial fue posible gracias a los altos precios del petróleo que disfrutó la economía venezolana durante años.

Esta circunstancia nos evidencia, de nuevo, el -tristemente célebre- rol de la renta petrolera local para sostener el balance externo de la economía a pesar de los persistentes déficits de cuenta de capital, de la importante caída de las exportaciones no petroleras y de la sistemática disminución de la producción petrolera.

En las últimas dos décadas, pero en particular en los últimos 9 años, Venezuela ha experimentado una caída libre en la producción de su petróleo, como resultado de un sostenido deterioro operacional, gerencial y fuerte desinversión en el sector.

Sumemos a ello, los perniciosos efectos del anclaje cambiario; la corrupción sin límites de sus mandos gerenciales politizados; la caída de la inversión de la industria, y el impacto de las sanciones internacionales.

De acuerdo con cifras de la OPEP, el nivel de producción promedio de Venezuela en 2022 fue 716 mil barriles diarios, una disminución de más de 2.613.000 barriles diarios respecto al nivel de producción del país para el año 1998; justo antes de que se iniciara el período de gobierno de la Revolución Bolivariana.

El trastorno productivo; la conflictividad con los patronos; la legislación hostil; el descontrol de los precios y el derrumbe en la producción petrolera trajo consigo una consecuencia inevitable: la caída de los niveles de inversión extranjera directa, que también ha sido una de las más severas de la región.

Este desplome trajo sus consecuencias en el empleo, en el desarrollo de mano de obra calificada y en el desarrollo de nuevas tecnologías.

Como evidencia la data de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), desde hace unos años Venezuela ha dejado de ser un receptor importante de inversión extranjera directa. De hecho, Venezuela es el país con el flujo de inversión directa extranjera más baja de América Latina.

El salario, convertido en polvo.

El salario mínimo real de Venezuela fue, para el 2022, el más bajo en toda su historia económica y el menor de América Latina. La caída del salario es la consecuencia ulterior del desplome en la productividad, la hiperinflación, la producción petrolera y caída de la inversión extranjera.

Este proceso de caída de los ingresos reales y el empobrecimiento de los venezolanos lo evidencia muy claramente el estudio de pobreza realizado por tres universidades nacionales a través de la encuesta de condiciones de vida ENCOVI (2022).

Todos los indicadores sociales muestran un panorama desolador de la actual coyuntura venezolana. No solo la pobreza aumentó de manera exponencial si no que la encuesta ENCOVI clasifica a Venezuela para el 2022 como el país más desigual del mundo desde el punto de vista del ingreso.

Estamos en presencia del colapso sistémico de un modelo de desarrollo obsoleto, estimulado por incrementos del gasto público, con altas tasas de endeudamiento, negado a la prudencia fiscal y al ahorro, con pocos volúmenes de inversión privada.

La historia reciente de Venezuela, **señores, se ha convertido en un manual de aquello que no se debe hacer en economía.**

Ha sido un nuevo fracaso, que ha producido la pérdida millones de dólares y ha cercenado el futuro de una nueva generación de ciudadanos. Ciertamente, no es sencillo digerir el calado del derrumbe nacional. Pero sí: estas cosas pueden suceder. Es posible quebrar al estado. Es posible quebrar a un país petrolero.

La renta petrolera puede producir efectos narcóticos: una ilusión inexistente de progreso económico, con fuegos de artificio en el terreno electoral y mucha popularidad, promoción de publicidad y logros sociales convertidos en humo, como ha sido el caso.

Estamos obligados a descorrer el velo del engaño y encarar esta realidad. Esa es la misión que tenemos en el trabajo académico. Venezuela tiene instrumentos para salir de un abismo al cual no debió entrar jamás. El primer paso para emprender la recuperación es aceptar con aplomo las dimensiones de la catástrofe que se concretó ante nuestros ojos.

Hasta una economía petrolera con abundantes recursos naturales, como la nuestra, tiene que enfrentar las consecuencias del mal manejo macroeconómico y de un modelo de desarrollo pobre, insuficiente e incompleto, fundamentado sobre parámetros ideológicos equivocados.

Desafortunada o afortunadamente, el momento de “pagar la cuenta” ha llegado.

Desempeño macroeconómico y evaluación de gestión. Un análisis econométrico

Ante el mal desempeño macroeconómico de la economía venezolana en los últimos años y la fuerte caída en la aprobación de la gestión del presidente Nicolás Maduro que muestran todas las encuestas en los últimos años, este trabajo intenta entender el impacto del comportamiento macroeconómico sobre la aprobación de la gestión del gobierno. En este sentido, se plantearon las siguientes interrogantes: ¿Puede el desempeño macroeconómico afectar las percepciones del electorado en términos de la valoración de la gestión del gobierno? ¿Qué variables macroeconómicas impactan en mayor magnitud la opinión pública al momento de evaluar la calidad de la gestión del gobierno nacional?

Para responder a estas interrogantes, se seleccionó un conjunto de variables macroeconómicas que pudiesen aportar información relevante para explicar el comportamiento de la evaluación de la gestión en los últimos 24 años, con especial atención a los 11 años de gobierno de Nicolás Maduro.

Para ello se construyó un modelo econométrico a través del método de mínimos cuadrados ordinarios para el período entre el primer trimestre del 2000 y el segundo trimestre del 2023. Tomados de la información estadística del Banco Central de Venezuela, FMI y de las encuestas Ómnibus realizadas por Datanalisis (2023).

Los hallazgos

Al observar la fuerte caída de la evaluación de gestión desde 2013, año en el que se da la transición de gobierno entre el presidente Hugo Chávez y Nicolás Maduro y la significativa caída de la evaluación de gestión del presidente Nicolás Maduro. Este comportamiento, entre otros factores asociado al mal desempeño macroeconómico que vivió la economía venezolana en especial a partir de ese año. Por ejemplo, se evidencia una clara correlación entre la contracción del PIB, los salarios y la evaluación de la gestión del gobierno. Igualmente, se puede apreciar una fuerte relación lineal negativa entre la inflación y la valoración de la gestión de gobierno. La economía importa y moldea fuertemente a la política. **El principal enemigo del Presidente Nicolás Maduro no es la oposición, es la economía...**

Finalmente. La hora de agradecer

Señoras y señores: para mi es un inmenso honor y un enorme orgullo este ingreso como individuo de número a la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

Me comprometo aún más con el destino de mi país, y es un logro personal que atesoro en lo adelante junto lo que considero lo más relevante de mi vida como investigador y docente: mi experiencia como profesor en el IESA y en el IE de Madrid; mi trabajo como docente e investigador en la Universidad Oxford y en la Universidad de Salamanca; mis tiempos de estudiante en el London School of Economics. Es una distinción que asumo con enorme agradecimiento, humildad y compromiso.

Pienso muy sinceramente que, a pesar del negro cuadro que les he descrito, Venezuela es una nación que tiene enormes posibilidades y futuro.

Venezuela es un país con instrumentos, con recursos gerenciales, que tendrá el concurso de su diáspora, con potencialidades extraordinarias para retomar la senda del crecimiento con equidad, asentada en la estabilidad política e institucional que alguna vez logramos como país.

Una nación que, por lo demás, no va a iniciar su reconstrucción desde la nada: aquí estamos nosotros para hacer algo. Para pensar en soluciones, para intercambiar diagnósticos, para consensuar opciones con las otras expresiones del gobierno. Entre el 10 y 12 de abril de 2024, en este mismo paraninfo, apreciados académicos, como **Pedro Palma, Carolina Pagliachi, Enzo del Búfalo o Carlos Hernández Delfino**, entre otros, discutieron importantes ideas para iniciar el trayecto de la reconstrucción.

Será necesario para ello **la resolución del conflicto político actual; desarrollar un programa social de emergencia; crear programa sostenible de estabilización económica e implementar un programa de cambio estructural y reformas institucionales.**

Venezuela necesita fundamentar un pacto político que fomente la confianza pública, producto de una cultura de la negociación que es necesario restaurar, que oriente la transición a la democracia y permita a la gerencia pública trabajar en las soluciones más urgentes de gobierno.

Cierro mis reflexiones con cita de nuestro apreciado y admirado **Moisés Naím**, escritas en el prólogo de nuestro último libro, en las cuales, al referirse al futuro de nuestro país, afirma: “el libro nos ofrece un riguroso y doloroso diagnóstico de las causas de la tragedia. También documenta las infernales condiciones en la que está el país. Y, finalmente, nos sugiere ideas acerca de cómo reparar los daños causados por este largo y devastador accidente. Por supuesto que las precondiciones para

evitar que Venezuela sea un país fracasado son tan exigentes como los esfuerzos y recursos que serán necesarios para recuperar la normalidad política, económica y social. Pero reparar los daños del accidente es posible. Otros países lo han logrado. Colombia, Sri Lanka, o la Costa de Marfil, son ejemplos de países que lograron evitar caer al abismo del fracaso crónico. Sus problemas siguen siendo muchos, variados y enormes. La posibilidad de que pierdan los logros que han alcanzado existe. Pero lo cierto es que las tres son sociedades que lograron cambiar el rumbo que las mantendría en un fracaso perpetuo. Se podría decir que convirtieron el fracaso en un accidente pasajero que se puede superar”.

En esta hora, quiero agradecer a la Universidad Central de Venezuela, mi alma mater, por darme mis primeras lecciones sobre el apasionante vínculo entre la economía y política; al Instituto de Estudios Superiores de Administración, mi casa en los últimos 23 años; al IE de Madrid y a la Universidad de Salamanca, por la oportunidad otorgada para ejercer la docencia e investigación; y la Universidad de Oxford, la casa donde escribí mi tesis doctoral y dicté clases durante varios años.

Quiero agradecer también a **Carlos Blanco**, mi tutor en la escuela de economía de la UCV; a **Keith Dowding**, mi tutor en The London School of Economics; mis supervisores **Rosemary Thorpe** y **Alan Angell** y mi tutor **Valpy Fitzgerald** de la Universidad de Oxford

También quiero agradecer donde viví muy gratas experiencias como profesor invitado.

La Universidad de Chicago

La Universidad Autónoma de Madrid

La Universidad de La Coruña

Universidad de Santiago de Compostela

El instituto Ortega y Gasset de Madrid

A un grupo de académicos que sus consejos y enseñanzas me ayudaron a “aprender a pensar” (¡de manera más rigurosa y estructurada!)

Kenneth Shepsle

Patrick Dunleavy

Tim Besley

Joseph Stiglitz

Amartya Sen

Agradecer a mis Queridos Padres, **Manuel y María del Carmen**, dos inmigrantes españoles que llegaron a Venezuela y consiguieron un lugar para echar adelante una familia fundamentada en los valores, el trabajo y el estudio.

A Mi hermana, **Linda** por estar aquí siempre cerca de mí.

A **María Gabriela**, por la compañía y el amor en este tramo del camino.

A **Tessa, Leah y Joshua**, mis hijos, mis tres grandes maestros que me enseñaron el significado de la palabra amor...

Y finalmente quiero agradecer y dedicar este pequeño reconocimiento **a mis alumnos**, ¡una fuente inagotable de aprendizaje, inspiración y diversión intelectual!